

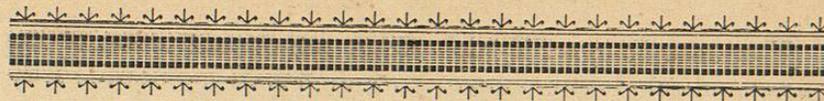
BT660

.68

L6



FONDO ETERNO
VALVERDE Y TELLEZ



Et apertum est templum Dei in coelo;
et visa est Arca Testamenti ejus in tem-
plo ejus; et facta sunt fulgura, et voces,
et terremotus, et grando magna.
(*Apocalyp.*, XI, 19.)

Y se abrió el templo de Dios en el cie-
lo; y el Arca de su Testamento fué vista
en su templo; y fueron hechos relámpa-
gos, y voces, y terremotos, y grande pe-
drisco.

EXCELENTÍSIMO Y REVMO. SEÑOR DELEGADO APOSTÓLICO:

ILMO. Y RVMO. SEÑOR ARZOBISPO:

M. I. Y V. CABILDO:

V. CLERO:

Señores:

QUÉ grandioso y sublime es el Catolicismo en todas sus manifestaciones!

¡Todas ellas son como ráfagas desprendidas de la gloria; como cielos de cielos que en series infinitas y conjunto bellísimo, cantan las magnificencias del Señor! *Caeli enarrant gloriam Dei.*

004983

¡Y en uno de esos fúlgidos cielos nos encontramos, oh católicos, en este lugar sagrado y en el actual momento histórico!

¡Sí, hénos aquí á los presentes, venidos, el mayor número, de lejos, y de las inmediaciones, otros, contemplando extáticos á esta Virgen Guadalupana, que forma Ella sola toda una revelación, todo un mundo, todo un cielo, y que se llama nuestra Madre, nuestra Protectora y nuestra Reina!

Ah! ¡bien podemos, con toda justicia, exclamar, en estos dichosos instantes, dirigiéndonos á esa Doncella celestial que está ahí retratada por milagro en esa maravillosa pintura! *Salve, sancta Parens, enixa puerpera Regem qui cælum terramque regit in sæcula sæculorum.* «Saludámoste regocijados, oh Madre Santísima, que, siempre Virgen, diste á luz al Rey que gobierna los cielos y la tierra por los siglos de los siglos.» *Salve, Regina, Mater misericordiæ, vita, et dulcedo et spes nostra!* «Recibe, sí, nuestro filial saludo, oh Reina, oh Madre misericordiosa, vida, dulzura y esperanza nuestra!» *Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi. Filii tui de longe venient, et lix tuæ de latere surgent!* «Dirige tus ojos en derredor, y mira: todos los que estamos aquí, nos hemos congregado, de lejos y de cerca, de todas las clases y condiciones, y venimos exclusivamente en tu honor!»

Señores, una vez más en esta colina santa, en esta Sión del Nuevo Mundo, cúmplase aquel vaticinio que, al rumor del Psalterio, entonara David el Profeta Rey: *Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini: testimonium Israel ad confitendum nomini Domini.* (Psal. 121, v. 4.)

Tres siglos y setenta y tres años ha que de todos los alrededores del Tepeyacatl y de los países lejanos del Anahuac, apenas resonó en estos aires purísimos la voz de María, dulce como la miel y el panal, doliente como la de la tórtola gemidora, apocalíptica como la de la Madre adoptiva del discípulo amado de Jesús, acuden presurosas las gentes del Nuevo Mundo, subiendo gozosas á este collado sacro, en el cual ven, ora, como Jacob en el desierto, la «casa de dios y la puerta del cielo;» ora, cual Moisés frente al Horeb, la «zarza» misteriosa que el fuego rodea y que se conserva siempre verde y floreciente en medio de las flamas; ya, como Elías, este gran

Profeta de Israel y triunfador del Anticristo en los últimos tiempos, la «nubecilla» que de la mar se eleva; ya, como el pueblo hebreo, la fortaleza de Sión, de la cual saliera la ley salvadora para la joven América, para este afortunado Israel de la humanidad. Sí, tres siglos y setenta y tres años ha que las Indias Occidentales, en estas regiones, envían comitivas y más comitivas, muchedumbres y más muchedumbres, á esta Betel santísima, en representación de sus pueblos, para derramar aquí sus corazones á los pies de la Virgen del Tepeyacatl, proclamando su excelsitud de Madre de Dios, y profesando la fé católica de sus nacionales, y glorificando en todo el nombre del Señor. *Illuc enim ascenderant tribus, tribus Domini: testimonium Israel, ad confitendum nomini Domini.*

Y una de esas romerías, de esos viajes de oración, de esas cruzadas entusiastas de fervidas preces, formamos hoy los hijos de Jalisco, marianos de abolengo, guadalupanos de sangre pura, como educados en la escuela de los Mendiola y los Garavito, de los Alcalde y los Cabañas, de los Aranda y los Espinosa, de los Loza y los López.

Venimos de allá donde el sol se pone atravesando cielo de azul purísimo y entre sonrisas y alhagos de naturaleza espléndida, á esta nuestra casa solariega, á la casa de nuestra Madre, á esta Insigne Colegiata Nacional Guadalupana.

Hemos dejado por unos días nuestros lares y abandonado nuestras montañas, bosques, aldeas y ciudades, diciendo cada uno de nosotros para sí, como David: *Lactatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* [Psal. 121 v. 1.] «Me llena de júbilo cuanto se me refiere de la Virgen del Tepeyacatl; vamos, vamos sí, cuanto antes, á ese domicilio del Señor y habitación de nuestra Madre;» ó pensando y exclamando á manera de Moisés: *Vadam et videbo hanc magnam visionem.* Haré viaje y me gozaré viendo admirado esa visión magna, esa revelación grandiosa, ese Apocalípsis de los destinos excelsos de mi Patria, escrito con jeroglíficos del cielo.»

¿No es verdad, oh, Virgen Madre, que tres veces á tus plantas has visto aquí á tu querida Hija la Iglesia de Guadaluajara?

Recuerdas?

Nueve años van á cumplirse de que los jaliscienses, representados todos por Comités de todas las clases y gremios, aquí mismo, bajo las bóvedas de este Santuario, en los momentos solemnes de la gran ceremonia litúrgica, al ser tú coronada con aurea diadema, por delegación del Papa León XIII, del Pontífice Luminar, de ese sol del Pontificado, que se acaba de poner entre las nieblas de la gloria, cúponos la dicha, en unión del concurso más selecto de nuestra Nación y del Nuevo Mundo, de victorearte, por la vez primera, entre aplausos, como Emperatriz de México. ¡Viva la Reina!..... exclamamos todos, entonces, en un desborde magnífico de celestial entusiasmo, al cual siguió la universal explosión de la más grandiosa de las populares manifestaciones, del plebiscito más espontáneo y sublime de todos los plebiscitos de corazón.

Y te acuerdas tambien? Un año hace que, en este mes primaveral, cuando la naturaleza toda es un vergel en su apogeo, la Arquidiócesis de Guadalajara, con su ínclito Jefe á la cabeza, mediante una embajada de cerca de dos decenas de millares de peregrinos, la Romería más numerosa y compacta que ha visitado esta Basílica, llegó aquí por la vez primera bajo esa imponente forma, como legión fulminante de la Plegaria, á saludar á su Virgen Soberana, á templar sus armas al fuego de su amor y á recibir y meditar sus órdenes de Generalísima del Reino de Cristo, para luego lanzarse á la lid en los campamentos del Evangelio, á la luz indeficiente del ideal guadalupano.

Y ahora..... Ahora aquí tienes una vez más á tu Hija carísima la Iglesia de Guadalajara, nuevamente con su Caudillo al frente y representada por esta numerosa Romería. *Omnes isti congregati sunt, venerunt tibi.* Mira: nos hemos congregado y venido á tí, presididos por el Dignísimo Representante de la Santa Sede, por el Excelentísimo y Reverendísimo señor Delegado Apostólico, quien se ha dignado honrar nuestra fiesta y participar de nuestra dicha, no solamente por motivo de la solemnidad suntuosa que, año por año, en turno con sus hermanas las demás Diócesis de la República, te dedica en este Santuario la Metrópoli Jalisciense, cual manifestación de su amor y gratitud y para impetrar tu socorro, sino tambien por tres nuevos fines:

Primero, para celebrar de hinojos ante la Purísima Mexicana, ante esa obra sobrenatural del arte angélico el Año Jubilar Mariano, el Cincuentenario gloriosísimo de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción: Segundo, para festejar el triple Cincuentenario de la confirmación consoladora del Patronato Guadalupano, por el gran Benedicto XIV: y Tercero, con el fin de poner manos á la obra, cooperando, por nuestra parte, con el mayor y más hermoso y trascendental contingente, á la restauración de todas las cosas en Cristo (*instaurare omnia in Cristo*), á la cual á todos nos llama el Caudillo actual de la Cristiandad, el Papa de la Caridad, el Pontífice Nono de los Píos, personificación sublime de la Democracia Cristiana y abanderado de la renovación del Reino de Jesucristo, bajo las banderas de la Inmaculada.

Qué expedición tan gloriosa ésta! Qué empresa tan magnífica.....!

Está, por tanto, declarado el objeto de mi discurso al tener la honra de ser el intérprete de la 2ª Peregrinacion Jalisciense en este día y en el festival religioso del actual momento histórico.

¿Mas dónde buscar el ideal de mi Oración, para cumplir tarea tan grata cuando difícil para mis pobres aptitudes?

¿Qué podré yo decir, mísero de mí, en esta la primera tribuna religiosa de la Nación, donde el númen divino de la elocuencia cristiana ha inspirado la palabra de tantos y de los más afamados y diestros oradores sagrados?

¡Ah, señores, la confusión me abrumba, y quisiera rehuir el cargo! Pero también me he dicho á mí mismo: ¿porqué no esperarlo todo, aunque indigno, de la celestial bondad y misericordia de la Virgen del Tepeyacatl? ¿No es Ella mi Madre? ¿No ha inspirado mis pensamientos desde mi niñez? ¿No ha sido Ella la Patrona jurada de mi tierra natal, desde un siglo antes de mi existencia.....?

Ha sido, hermanos míos, ¿porqué no decirlo? uno de mis ensueños el hacer alguna vez en este lugar el encomio de la Santa Madre y Reina de México. ¡Y por fin, Ella, siempre clemente y benigna siempre conmigo, se ha servido acceder á mi anhelo!

Dignare me laudare te, Virgo sacrata: «Dígnate conce-

derme ¡oh Virgen sagrada! que te dirija, siquiera una vez en mi vida, mis pobres alabanzas en tu Santuario del Tepeyacatl, para deshago de mi alma:» la he rogado entre suspiros y lágrimas, y mis deseos van á ser colmados!

¡Gracias, Madre amorosa, gracias, mil gracias te doy.....!

¡Mas dónde, repito, dónde buscar el ideal de mi Oración, en circunstancias para mí tan excepcionales?

Señoresya lo encontré..... ¡loado sea Dios!.....
Revisando los Oficios litúrgicos de la Bienaventurada Virgen María en sus diferentes Apariciones, en uno de ellos presentóseme una idea que me satisface, y es la que aparece en el texto de mi discurso. «Y se abrió el templo de Dios en el cielo, y el Arca de su testamento fué vista en su templo; y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y grande pedrisco.» Esto dice Juan, el discípulo amado de Jesús, el secretario y confidente íntimo del Verbo Humanado, el hijo adoptivo de la Madre de Dios, cuando, desterrado en la Isla de Patmos, entre visiones proféticas, escribió el Apocalipsis.

Ahora bien: voy á manifestar que esa visión del Aguila de Patmos acomódase perfectamente, con grandiosidad excepcional, á la Aparición milagrosa de la Santísima Virgen de Guadalupe en este sitio sagrado; y que, de consiguiente, aquí está para México el centro del Sobrenaturalismo Cristiano; aquí la bandera de la Redención; aquí la prenda y el foco indeficiente de la grandeza, de la civilización y de la gloria. En otros términos: me propongo demostrar que «en la Virgen del Tepeyacatl está para México el ideal de la restauración de todas las cosas en Cristo, que constituye el grandioso lema del gran Pio X.»

¡Virgen de Guadalupe! ¡Te recuerdo mi súplica, en estos momentos solemnes! «*Dignare laudare te, Virgo sacrata.*» ¡Dígnate, oh Virgen sagrada, concederme que haga un elogio tuyo conveniente, para gloria de Dios y gloria tuya, y para el bien espiritual de mis oyentes y de todos tus hijos, hasta de los que no te buscan y andan errantes lejos de tus caminos.....! Todos los presentes, pedimos, á este propósito, por intercesión tuya, los carismas del cielo, saludándote con el Angel.

AVE MARIA.

*
*
*

Antes de abordar la demostración de mi tesis, sentaré algunos preliminares.

La palabra *Apocalipsis*, derivada de la lengua griega, pero que no habían usado los sabios de la culta Grecia, creación es de la lingüística cristiana, y significa lo mismo que «Revelación,» en Castellano. Mas el sagrado libro del Apocalipsis, único libro de carácter profético entre los del Nuevo Testamento, el Apóstol San Juan, después del martirio que sufrió ante la Puerta Latina, y del cual salió incólume, y hasta más vigoroso que antes, lo escribió en la Isla de Patmos, á donde fué desterrado por causa de su fé y de su apostolado. Allí, entre las brumas de la profecía y envueltos en símbolos y enigmas, le fueron revelados, en el decurso de éxtasis misteriosos y en visiones de significación profunda, los arcanos del cielo y de la tierra, y, sobre todo, las vicisitudes de la Iglesia ó Reino de Jesucristo al través de las edades, hasta la consumación de los siglos y los esplendores indefinientes de la eternidad.

Todavía más.

En el Apocalipsis contiénense los secretos mismos que estaban ocultos en el libro de los siete sellos de que habla San Juan, y ante el cual, viéndolo impenetrable, lloraba el Profeta confidente del Verbo, hasta que el Cordero sin mancha rompió los sellos y esclareciéronse los arcanos.

Es, de consiguiente, el libro de mi texto un libro pletórico de arcanos, de misterios, de enigmas, de símbolos, como lo atestigua el gran San Jerónimo, ese inmortal especialista y gigante de la Exégesis Bíblica, y conviértese en un laberinto sin salida, como dice el insigne Alápide, para el audaz que, fiado en altanera ciencia, pretenda rasgar el velo que allí cubre los designios del Omnipotente. Mas no sucede lo mismo á quien, llevado por la mano de la Iglesia y escuchando humilde á esa Pedagoga Celestial de la humanidad, se propone únicamente penetrar en esas obscuridades venerandas, tan solamente por amor á la verdad, para provecho de las almas, y buscando en todo la gloria de Dios.

Pues bien, señores: como antes lo indiqué, uno de esos

misterios, una de esas místicas visiones que el Santo proscrito de Patmos, el teólogo por antonomasia, el vidente de aquel silencioso yermo pinta de un rasgo en su profético libro, es la consignada en el texto de mi Oración. «Y se abrió dice el vate del Apocalipsis—el Templo de Dios en el cielo; y el Arca de su Testamento fué vista en su Templo; y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremotos, y grande pedrisco.»

¡Que visión tan misteriosa, oh católicos! ¡Qué abismo tan profundo se esconde bajo la superficie de esas lacónicas frases! ¡Qué horizonte tan vasto se ostenta, con sólo correr un poco el denso velo de esa brevísima narración del Apóstol Profeta! Gocémonos unos momentos, siquiera sea con temor y temblor, en el maravilloso espectáculo.

Tres símbolos comprende esa visión de San Juan: el Templo de Dios, abierto en el cielo; el Arca de la Alianza Divina mostrándose en ese mismo Templo; y luego, como resultado de esas manifestaciones, una especie de barahunda, una mezcla tremenda y confusa de relámpagos vocerío, terremotos y fenomenal granizada.

¡Qué visión, repito, señores, tan maravillosa y en qué circunstancias!

Mas no pretenderé examinar, en los cortos momentos de que dispongo, todo el contenido de esos tres símbolos, de esa triple visión apocalíptica. ¿Ni cómo intentar semejante empresa, cuando el solitario mismo de Estridonia, el rey de los Exégetas, el sapientísimo y eruditísimo San Jerónimo, asienta que en el Apocalipsis cuéntanse tantos misterios como palabras, y todavía esta afirmación le parece corta?

Me fijaré, por tanto, de una manera especial, para mi objeto, en el segundo miembro del texto, tocando sólo de paso los otros, y de él únicamente examinaré la corteza, por decirlo así, sin desmenuzar el meollo.

Vamos al asunto.

Hé aquí una brevísima interpretación del pasaje:

El cielo de que se trata en el lugar en cuestión, es el cielo Empíreo, el cielo de la gloria. Y el Templo que allí se abrió, conforme á una de las interpretaciones, lo forma la Sacrosanta Humanidad, ya entonces gloriosa, de Jesucristo. Mas allí, en el centro de esa misma gloria, se destaca ense-

guida, como el Arca del Testamento, María, la Virgen Madre del Verbo Encarnado, la gloriosa Asumpta á los cielos. Y después, como consecuencia de ese triunfo completo del orden sobrenatural de la Redención, de esa victoria definitiva de la Ciudad de Dios, óyese y percíbese la confusión, el espanto, el estruendo, etc., de la derrota última de Satanás y sus huestes; la submersión espantosa de la Ciudad del Mal en los abismos eternos, en donde sólo se escucha el llanto y el crujir de dientes, donde no existe ningún orden sino tan solamente horror sempiterno.

Partiendo, señores, de esa interpretación, la más capital, en ese cuadro estupendo que imaginariamente contempló el Profeta en su solitaria mansión, haré alto unos momentos en la contemplación de María, vista en el cielo como Arca del Testamento, en sus relaciones con la Redención y con su Inmaculada Concepción, y luego, aunque sea someramente, me fijaré en una aplicación de la misma visión al portento del Tepeyacatl, en general, y, sobre todo en el presente momento histórico.

I. María, considerada como Arca del Testamento, en sus relaciones con la Redención, y, sobre todo, con su Inmaculada Concepción.

En la Exégesis Bíblica, señores, tomando por base el sentido místico, ya es una doctrina sin discusión que, aquella Arca misteriosa que, mediante una disposición minuciosa de Dios, fabricó Moisés y encerró en el «*Sancta Santorum*» del Tabernáculo del desierto, y después fué colocada en el Monte Sión y en el Templo de Salomón, siempre ha sido considerada como un símbolo grandioso de María, la Madre Virgen del Hombre-Dios.

¿Queréis que establezca, en estos cortos instantes, el parangón pormenorizado entre la figura y la realidad, entre el Arca de la Alianza en el Testamento Antiguo, y María, la Madre del Verbo hecho carne, en el Testamento Nuevo, en la plenitud de los tiempos, y trasladada al cielo, en cuerpo y alma, en su inefable Asunción?

¡Ah, hermanos míos, muy bueno sería, y muy grato para mí, el recorrer paso á paso siquiera fuese los linderos de ese paralelismo sublime, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y entre éste y la Eternidad Feliz, estudiando esa sola compa-

ración entre el Arca de la Alianza y María! Pero las condiciones de esta sagrada tribuna me impiden ahora el espaciarme en tal asunto y dejar el preferente de mi discurso. Doy, en consecuencia, por sentado, como lo patentizan por extenso los Sagrados Intérpretes, á la cabeza de ellos el egregio Alá-pide, que ese paralelismo grandioso es una realidad espléndida, y que la silueta de María, en el orden moral, se dibuja ella sola, únicamente con analizar punto por punto, en sentido místico, la estructura del Arca del Testamento. Sí me permitiré llamar vuestra atención, aunque sea de paso, ya que en el presente festival quiérese también, particularmente, celebrar el Año Jubilar Mariano, siendo esta solemnidad una de las múltiples manifestaciones que constituyen el programa de las Fiestas Jubilares del Quincuagenario de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción, que precisamente en el Arca del Testamento, al estar cubierta de oro purísimo, interior y exteriormente, ya se prefiguraba con especialidad la Pureza Original de María, su exención de todo pecado, de toda mancha, desde el primer albor de su existencia, y la plenitud de la gracia, desde que hizo á esa Virgen su Autor, ó sea desde que salió Ella de la boca del Altísimo, como la primogénita de todas las criaturas, como la predestinada en jefe de todos los predestinados, teniendo Ella la primacía en ese orden, exceptuado solamente el Hombre-Dios.

Quede, por tanto, consignado, que en la visión apocalíptica del Profeta de Patmos, el Arca del Testamento que se ostentó en el Templo de Dios, en el Cielo Empíreo, fué María; sí, María, con toda su historia, con toda su excel-situd, con sus privilegios todos, á contar desde su Predest-inación hasta su Asunción; María, sí, levantada hasta las fronteras del orden sobrenatural supremo, de ese orden incomprensible que se llama de la Unión Hipostática: Ma-ría, sí, emparentada con la Trinidad Consustancial; María, llamada por todas las generaciones Bienaventurada; y María, reinando para siempre sobre los cielos y la tierra, y exaltada hasta sobre los Coros mismos de los ángeles!

¿Para qué, señores, mayor detenimiento en esta parte de la visión de San Juan?

Ah! ¡Esa luz donde habita María es una luz inaccesible,

la luz de la gloria, y si pretendemos elevarnos hasta esa región, oprimidos seremos por esa misma gloria!

Descendamos, por tanto, de esas alturas á que en un rap-to se elevó el biógrafo del Verbo Eterno, acostumbrado, co-mo estaba, á manera de águila caudal, á ver de frente y de hito en hito al sol mismo del mundo de la gracia.

Bajemos, sí, de esa eminencia á otra eminencia, de ese cielo á otro cielo, inferior, ciertamente, en infinito grado, pero también lleno de encanto y de misterio, y girón de aquel cielo que se domina el Empíreo, y pintura de aque-lla gloria que es la gloria sempiterna. Es decir, pasemos, partiendo siempre de la misma visión de San Juan, á otro asunto mas concreto para nosotros, y que mas de cerca nos atañe á los mexicanos.

II. María, como Arca del Testamento, vista en sus re-laciones con el portento del Tepeyacatl.

Era el siglo XVI y el mes de Diciembre de mil quinien-tos treinta y uno. Ya sabeis, ya sabemos todos los mexica-nos, desde los niños que frecuentan hoy la escuela prima-ria, cuál era la situación de la raza indígena del antiguo Anáhuac en ese período primero de la conquista. ¿Para qué detenerme á bosquejar las sombras de ese cuadro? No quiero, señores, no, alzar aquí los vendajes de antiguas heri-das, ni mucho menos me permitiré, cual ofendido mexicano, exhalar hoy quejas preñadas ora de enojo, ora de ingratitud, contra la Madre Patria. No, mil veces no. Pero las gentes na-huatlacas eran, al fin, la raza conquistada, y quien dice pue-blo vencido y conquistado, siquiera lo sea por una nación ca-tólica, dice lo suficiente, tanto más cuanto que el "*miscuit utile dulci*" de Horacio, el arte de enseñar divirtiendo, de la Pedagogía Moderna, todavía no se aplicaba entonces en la educación de pueblo á pueblo, y de pueblo vencedor á pue-blo vencido y subyugado; ni lleva trazas la humanidad de aproximarse á ese bellissimo ideal. Dígalo el mundo en este momento histórico..... ¡Pero además de eso ¡tristísima cosa! la Religión verdadera, que había de regenerar aquellas ma-sas idólatras y bárbaras y dadas al canibalismo y la antropofagía, con dificultad se abría paso por aquí y acullá, y a-penas brillaba de cuando en cuando como luciérnaga en te-nebrosa noche. Los pobres misioneros, esos primeros sem-